

# Pilar Eyre

## Un perfecto caballero



Pilar Eyre



Un perfecto caballero

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Pilar Eyre, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: octubre de 2019

Depósito legal: B. 19.341-2019

ISBN: 978-84-08-21561-5

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Fue algo que me contaron y yo imaginé. La primera, mi madre, que me habló con asombro y un poco de miedo de Mauricio Casanovas, de su historia, de su mundo, que era también el de ella. Una historia cuyo inicio no puedo figurarme más que el día en que la columna de Yagüe, por fin, entró en Barcelona. Como en una bruma, veo el momento al que no asistí —ni siquiera había nacido—, pero irrumpe en mi cabeza tan vivamente porque aún me parece escuchar a mi madre contándome quién fue y qué hizo aquel hombre que era una especie de dios y una especie de diablo.

A lo lejos, por una calle cercana a los cuarteles de Pedralbes, se oían los últimos disparos de mortero y una avioneta cruzaba el cielo, tan baja que se veía el fuselaje como si fuera de papel. Mauricio Casanovas Feliu, un requeté medio rubio y guapo, con ojos de pupilas febriles y pestañas tan largas como las de una mujer, agarró el brazo de su compañero y le dijo en tono apremiante:

—Tú, Jaime, collons, espera.

¡El olor! Quería aspirar profundamente ese olor y que este lo invadiera; era un olor reconocido, esperado, deseado hace tiempo. Si fuera ciego, por el olor hubiera sabido que llegaba a su ciudad. A Barcelona. No sabía cuánto tiempo llevaba lloviendo, quizás desde que empezó la guerra, y los campos cul-

tivados de color granate y verde claro de la Diagonal rezumaban agua, el suelo brillaba como charol y los árboles dejaban caer reguerones de líquido mercurial como si todos se hubieran convertido en sauces llorones. ¡Pero no era el olor de la lluvia lo que lo conmovía hasta la médula! ¡Pero si en Codo el cielo se abría como una fruta madura para dejar caer un diluvio sobre los combatientes! ¡Olor a lluvia, quién lo necesita! ¡Quién necesitaba el hedor que desprendían las trincheras, a tripas sangrientas, hongos y materia fecal cuando se inundaban de agua!

A Codo, en la provincia de Zaragoza, un pueblo del que Mauricio nunca había oído hablar, fueron ciento ochenta y seis requetés, y solo sobrevivieron cuarenta y cuatro. Los cadáveres flotaban, algunos eran un amasijo de ropa y sangre, otros estaban impecables, incluso con la boina roja encasquetada aún en el cráneo como si fueran a pasar revista, y ese rubio de barbilla partida como un artista de cine tenía que retirarlos con ambas manos para poder caminar. Y, aunque los sabía sordos por muertos, se disculpaba:

—Perdona, camarada.

¡Olor único, dulce, de la sangre, olor a hierro que se siente, no en las narices, sino en las mandíbulas, que no querría haber conocido nunca!

El olor de la ciudad de Mauricio era el de la sal limpia e inocente del Mediterráneo, el olor de los veranos en Sitges, el de las tardes perezosas estudiando una asignatura pendiente, el de los muslos duros y los suspiros blandos de la criada en el cuarto de la plancha.

Era enero y hacía frío ese día 26 de 1939 mientras las tropas nacionales llegaban a Barcelona, pero para Mauricio la evocación de su adolescencia fue tan impresionante que abrió su capote de un manotazo y se desabrochó la camisa, mostrando una crucecita de oro sobre el pecho velludo, para respirar

a pleno pulmón y por todos los poros de su cuerpo, no solo el olor de su ciudad, sino de su vida anterior.

Cuando empezó la guerra, tenía veinte años, y ahora, cien.

—Tú, babau, vas a pillar una pulmonía del carajo.

¡Qué más daba! Le hubiera gustado desnudarse y revolcarse en el suelo, patear, meter su cara en el fango, diluirse en la tierra. Pero la fila de atrás lo empujó, lo obligó a caminar casi a trompicones, porque llevaba las botas atadas a los tobillos con cuerdas y el pantalón se le caía, no porque hubiera adelgazado, que también, sino porque correspondía a Ramón Irigoyen, un requeté muerto en el frente de Somosierra que era más gordo que él. Y tan oscuro de piel que lo llamaban el Negus. Mientras agonizaba cantaba «Corazón santo, tú reinarás».

Y apartaba ese pensamiento para llenarse de otro: ¿cómo se llamaba el balandro que le regaló su padre? El primero, Somni, el segundo, Ona. ¿Cuáles son los nombres de la rosa de los vientos? Mistral, tramontana, gregal... ¿Por qué nadie lo recuerda ya? Las dos primeras filas del tercio de requetés de Montserrat que entraron para liberar Barcelona del yugo rojo hablaban catalán. Así lo exigió el general Yagüe:

—Quiero que esos chicos carlistas sean los primeros que entren en Barcelona para liberarla del yugo rojo, para que se vea que nosotros no odiamos a Cataluña ni a los catalanes, sino que les tendemos la mano para que se incorporen a nuestro gran proyecto: ¡el imperio!

El general Monasterio, oficioso, pretendió ir más allá:

—En lugar de boina, sería una nota simpática que llevaran barretina.

Yagüe tuvo un gesto de impaciencia. ¿Por qué un idiota como ese había llegado a general?

—Cállese, coño... ¿Cómo va a construirse la nueva España con barretina? Además, piense que los andaluces, con toda la razón del mundo, exigirían ir con sombrero cordobés.

Después, ya apaciguado, dejó a un lado la retórica hueca que ni ellos mismos comprendían para quitarse las gafas de cristales de culo de vaso, limpiarlas, volvérselas a poner y mascullar mirando para otro lado:

—Y además, entrarán primero porque se lo merecen.

De los 1.600 requetés catalanes que habían empezado la guerra, casi la mitad había caído en combate. La mayoría había muerto en el frente de Aragón; el resto se había ido desangrando lentamente, guerreando con ferocidad, escasa instrucción y sus viejas carabinas Mauser, en Punta Targa, en el frente de la Serena, en Vilalba dels Arcs, en Valsequillo, eso sí, sin perder la costumbre diaria de rezar el rosario. Todos eran muy jóvenes.

Fue Jaime Bofill, que iba al lado de Mauricio y lucía un bigotito fino a lo Errol Flynn, quien lo había ganado para la causa. Cuando estaban a punto de movilizarlo porque era de la quinta del 37, le sugirió que se incorporara al bando nacional en Burgos, donde él se había alistado. «Ve hasta Francia y te pasas por San Sebastián, los requetés somos gente bien... Están los Caralt, Isidro Ribes, Pepe Muntadas... ¡No vas a luchar con los rojos contra nosotros! Tu sitio natural está aquí, te esperamos».

Cuando Mauricio recibió la carta, le pidió al chófer de su suegro su guardapolvo y la gorra con visera de charol, que se encajó hasta las cejas para que no se le viera el cabello, que llevaba bastante largo; le habían dicho que así se parecía a Carlos Gardel. Sin papeles, confiando en su suerte, se subió a un tren que iba a Port Bou. Un miliciano muy joven, que llevaba un naranjero más grande que él, se le encaró y le soltó:

—El salvoconducto, que tienes cara de cura.

Mauricio se vio perdido, pero quiso morir como decían

que morían los héroes, dando vivas a Dios, a la Patria y al rey. Cuando ya abría la boca y juntaba los labios para acometer esa valentía póstuma e insensata, el miliciano, de un culatazo, le quitó la gorra para ver si iba tonsurado. Cayeron en cascada los rizos abundantes de Mauricio, todo el vagón se puso a reír y el miliciano, sintiéndose ridículo, se fue sin pedir más documentos.

Cuando se encontraron en el hotel Perla de Pamplona, Jaime le había soltado con una enorme sonrisa:

—¡En dos semanas nos vamos al frente!

Mauricio hizo un amago de saludar a su amigo a la romana, lo había ensayado largo rato frente al espejo y pensaba que le favorecía y le salía muy bien, pero Jaime le dio un golpe en el brazo y le susurró:

—Deja eso..., no es necesario.

Se avergonzó, fingió que lo del saludo había sido un espasmo muscular, pero Jaime le sonrió algo desdeñosamente, como si fuera un crío, porque le llevaba nada más y nada menos que diez meses.

Ahora, justo dos años después, se rumoreaba que a Jaime le iban a conceder la Cruz Laureada de San Fernando individual por servir de mensajero cruzando las filas enemigas, hazaña que en su caso tenía aún más mérito porque era un gigantón de dos metros y asomaba por los parapetos como si fuera un periscopio. Mientras fumaban su cigarrillo de después de comer, la hora más tranquila porque el adversario dormía la siesta, el Mauser entre las piernas, la boina en la nuca, comentaban cómo recibiría Barcelona a los vencedores. Mauricio le advertía a su camarada con envidia, porque le volvían loco las mujeres a pesar de que ya estaba casado:

—A ti, con la medalla, se te echarán las chicas a los brazos.

El otro hizo como si no le importase, pero de momento, entrando en Barcelona, las chicas no aparecían. Aunque in-



tentaban fijar la vista al frente, con el rabillo del ojo escudriñaban el Club de Polo, ahí donde Mauricio había besado por primera vez a Conchita.

Era ella la que le había dicho, pasándole la mano por el pelo:

—Si lo tuvieras más largo te parecerías a Carlos Gardel.

Él le atrapó la mano, le dio un beso y le dijo que por ella se lo dejaría crecer. Después le enseñó a fumar y cambió el cigarrillo por sus labios.

En la cuadra de su caballo Milord la había poseído por primera vez. Era la noche del 23 de junio y habían estado en la verbena que se celebraba todos los años en la pista de polo, sobre la que ponían un suelo de madera para no dañar la hierba. Se habían sentado a la mesa de los padres. Agustín Prat y Juan Casanovas pertenecían al sector lanero del gremio de fabricantes de Sabadell y, aunque se conocían de toda la vida, habían estrechado relaciones en los encuentros de la federación internacional que tenían lugar en Europa.

Como Agustín era viudo llevaba a su hija de pareja, aunque solo tuviera dieciséis años y aún no se hubiera presentado en sociedad. La madre de Mauricio decía:

—Es mona esta niña, y muy educada.

Mauricio había bebido mucho y se sentía mareado, pero aun así sacó a bailar a Conchita. Cuando la Crazy Boys Orchestra empezó con sus alocados ritmos, la pareja bailaba tan junta que la boca de Mauricio estaba pegada a la oreja de Conchita susurrándole palabras seductoras que a ella le gustaron. Luego tiró de Conchita para llevársela a los establos, aunque no hizo falta ejercer mucha presión, ya que la muchacha lo seguía con tanta docilidad que parecía sumisa entrega.

En los establos, él fue torpe, silencioso y apresurado.

Le habían dicho que ahora las cuadras del Polo estaban vacías, pues el comité revolucionario había confiscado los caballos como carne para el consumo. Milord tenía los ojos árabes, ribeteados de oscuro, y movía la cabezota arriba y abajo. Pero no, no había que pensar en eso. Le llamó la atención que, frente al Palacio Real, un pastor con zamarra condujese un rebaño de cabras, que se acercaron a beber tranquilamente en los estanques donde el niño Maurisiet llevaba sus barcos a flotar. El pastor se puso ostentosamente de espaldas y escupió a un lado. ¡El único acto de valor que iba a ver en esa larga posguerra!

Uno dos, uno dos, vista al frente, entraban en Barcelona. Había fotógrafos que caminaban a su mismo paso y tomaban imágenes. Venían con ellos desde el frente, escogiendo ángulos, enfocando, ajustando el objetivo de las cámaras como si fueran inmunes a las balas; su actitud puramente profesional siempre impresionaba a Mauricio.

Pero, bueno, al final habían ganado. ¡Habían ganado! ¡Formaban parte del ejército vencedor! Hombre, a ver, faltaba el último objetivo, Madrid, y en el Montsec todavía los anarquistas estaban presentando batalla (Mauricio no sabía entonces que 60.000 hombres habrían de morir aún, aplastados contra los parapetos después de un combate agonizante, destrozados por esa perfecta máquina de hacer la guerra en que se había convertido el ejército de Franco). Pero ya lo decía Celia Gámez en una entrevista en la *Estampa*, en la que exhibía una sonrisa falsamente ingenua y unos ojos perversos y atormentados: «eso está *chupao*». Y también, «hemos *pasao*».

El coronel Arias, al mando del tercio de requetés Virgen de Montserrat, portaba el banderín que habían bordado las mujeres de Pamplona. A su lado, Nazario Giol, que perdió a su hijo en Codo, ondeaba la gran bandera del tercio. Como hormigas feroces, los vencedores iban extendiéndose por la ciudad, las divisiones navarras llegaban por el Tibidabo, los

legionarios entraban por Vallcarca, las fuerzas de Yagüe conquistaban Montjuic y liberaban a 1.200 prisioneros que se hincaban en el suelo llorando y dando gracias a sus salvadores.

En la Diagonal, un tranvía derrumbado les impide el paso y deben rodearlo, aún se oye el tableteo discontinuo de una ametralladora. Pero, a medida que se van acercando al centro de la ciudad, empiezan a aparecer a ambos lados de la avenida grupos de personas, dos, tres, una docena, de aspecto macilento, en silencio, sosteniendo paraguas, otras agitando tímidamente unas banderitas improvisadas en papel pintado.

Algunos se apoyan en muletas porque les falta una pierna, otros llevan el brazo en cabestrillo, uno va con la cabeza vendada. Un grupo de mujeres vestidas con el lujo barato de los prostíbulos levantan el brazo y extienden la mano con torpeza avergonzada. Mauricio se fija sin querer en una: tiene en las mejillas los rosetones típicos de los tuberculosos. Ella interpreta mal su mirada y se pasa las manos insinuantes a lo largo del cuerpo, intenta erguir su pecho descarnado mientras dirige un gesto vago hacia atrás, donde hay unos sacos amontonados, restos seguramente de un antiguo parapeto.

Mauricio niega con la cabeza y advierte la desilusión de la mujer, y en su forma de apartar la vista y mirar hacia otro lado también se da cuenta de que ha herido su orgullo.

Jaime ríe:

—¡Tenorio!

Una niña surgió de pronto de la nada y se metió entre las piernas de Mauricio; era muy pequeña, pero tenía la mirada adulta. Tendió hacia ellos sus sucias manitas y dijo con voz ronca:

—Vull pa.

Jaime y Mauricio se encogieron de hombros con impotencia; ellos llevaban también un día entero sin comer. Un muchacho de Sabadell, casualmente un obrero de la fábrica de su

padre, rebuscó en los bolsillos y sacó una estampa, que le tendió a la niña. Esta observó extrañada aquel trozo de papel con una imagen que no sabía qué representaba..., le dio la vuelta, la miró por todos lados, y al final se la llevó a la boca y empezó a masticar.

Desde el golf de Pedralbes, sin aliento, un grupo de adolescentes con pantalones bombacho, ellos, y faldas de cuadros, ellas, comenzó a correr a la vez que las tropas, agitando banderas y gritando locamente:

—¡Viva Franco, arriba España!

El páter contestó con sobriedad:

—¡Viva Cristo Rey!

Uno de ellos era su hermano Miquel. El reportero Antoni Campanyá le tomó una fotografía con la boca abierta y los ojos desorbitados que al día siguiente aparecería en *La Vanguardia*.

Aunque Mauricio intentaba sonreír, no podía. Y no porque no lo hubiera hecho durante la guerra. Se lo había dicho su coronel cuando lo había sorprendido en medio de una carcajada, porque el chico de Sabadell imitaba muy bien a Charlot. Una carcajada que se había helado en sus labios cuando se levantó y tuvo que cuadrarse delante de su superior, porque ese día habían tenido siete bajas:

—No se preocupe, Casasnovas, en la guerra se ríe uno mucho.

Arreciaban los vítores, la multitud iba aumentando a cada lado del paseo, Mauricio miraba a sus compañeros y ellos intentaban sonreír también. Todos llevaban las boinas rojas con la borla sobre la oreja, pero Mauricio le dio un tirón para que el fieltro casi le tapara el ojo izquierdo. Cuando llegó a la plaza que hasta ahora se había llamado Hermanos Badía, no quería mirar, pero miró. En la ventana del primer piso del inmenso edificio en forma de herradura, sobre el rótulo Mery de una cervecería también repleta de gente, con personas subidas a las

sillas, niños aupados en los hombros de sus padres y algún perro chicoleando entre las piernas y ladrando, vio a Conchita.

Echaba el cuerpo por fuera de la barandilla como si quisiera saltar, pero luego se metía hacia dentro porque iba con ropa de casa y la señora Casanovas no podía exhibirse en bata como si fuera la portera. Brillaba su flequillo rubio, asomaba el brazo y movía la manita como una muñeca.

En la última carta que le había enviado desde la masía de Aguilar, donde había pasado toda la guerra, escribía con su letra picuda de colegio de monjas: «Tengo ganas de que termine este jaleo para comer lionesas de nata y merengues sin parar, aunque luego me duela la barriga».

Jaleo. ¡Este jaleo!

A su lado, asomando apenas por la barandilla, Mauricio vio a su madre, disminuida, vieja, vestida de luto, que estaba gritando:

—Fill, Fill.

Por dentro él también la llamaba, «mare, marona, maretá, mamá, ¿qué hace sin su hijo?». «Me verá cambiado, tal vez no me reconozca», pensaba.

Podía intuirse la sombra de su suegro detrás, con una gran bandera roja y amarilla no muy a la vista por si acaso, pudiera ser que estos tíos durasen cuatro días y volvieran los «otros», y no había que significarse; no significarse había sido su regla en los tres años de guerra. E incluso, si Mauricio tuviera poderes sobrehumanos, hubiera podido ver que una niñera sin uniforme, seguramente una monja emboscada, llevaba en brazos al hereu, que había sido concebido en una cuadra de caballos de polo. Había nacido con una pelusilla rubia y Mauricio fingía suspicacia:

—Es del mismo color que la paja de la cuadra.

La inocente Conchita reía, aunque no sabía muy bien de qué.

Y más atrás quedaban, aunque no estuvieran en realidad, las chimeneas de la fábrica, ¡y las tundidoras! No pudo evitar que sus ojos se humedecieran. ¡Las tundidoras! ¡*Tundidora* era la primera palabra que había pronunciado en su vida! Mientras los otros niños decían *papá* y *mamá*, él tardó mucho en hablar, pero cuando se arrancó pronunció con perfecta claridad: «Tundidora».

No había día en que el padre no comentara los problemas que le daban las tundidoras, las máquinas de cuchillas para pulir las lanas, que solían averiarse con perversa contumacia. El padre, poco dado a las expansiones emocionales, al oírsele decir, había exclamado con voz húmeda:

—Este niño lleva el negocio en la sangre.

Recordando al padre muerto, Mauricio seguía sonriendo, pero al mismo tiempo tenía los ojos arrasados en lágrimas.

En ese momento Jaime Bofill también lloraba, y el boina roja Puig, y el estudiante de Medicina Antonio Conill, que había tenido que ejercer de médico aunque solo había cursado primero de carrera, e incluso unos hermanos trillizos que habían sobrevivido milagrosamente a la campaña y que nadie sabía cómo se llamaban en realidad, y lloraba el coronel Arias..., y hasta el cielo lloraba sobre sus cabezas.

—Mauricio, coño, parecemos maricones.

Y no se dio cuenta de que *Maurici* se había transformado en *Mauricio*, y que, a pesar de lo que había dicho Yagüe, tal vez nunca más volverían a hablar en público la tierna lengua de su infancia. Pero no tuvo tiempo de ver que unos muchachos se habían encaramado a una larga escalera para arrancar la placa que ponía Hermanos Badía y colocar en su lugar una foto del protomártir José Calvo Sotelo, que en pocos minutos se deshizo bajo la lluvia.

El claxon de un coche empezó a entonar «La cucaracha» y lo siguieron uno, otro, decenas; a los balcones se asoman ancianos con bata y niños pequeños que se agarran a los barrotes,

el resto de la familia está en la calle, corren en grupo gritando, quieren ser los primeros. Pero hay muchas casas de la Diagonal con las ventanas cerradas, como ojos ciegos.

Del portal del palacete Parellada, en la esquina de la calle Muntaner, vieron salir a un hombre con el uniforme azul mahón de los porteros apretándose el estómago, al que dos soldados conducían a culatazos. Llevaba sangre en la cara. Todos evitaban mirarlo y le daban la espalda, como si fuera invisible. No muy lejos se oyó una ráfaga de ametralladora, los comercios tenían tiras de papel cruzadas sobre las lunas de los escaparates y sonaban disparos aislados, quizás eran petardos.

No había gatos. ¿Dónde estaban los gatos de Barcelona?

Ni palomas, ¿dónde estaban las palomas?

Llevant, Siroco, Mitjorn...

Frente a la iglesia de Pompeya, las cinco hermanas Eyre, Marina, Esther, Maruja, María Dolores y Ofelia, con vestidos a la moda de tres años atrás, agitaban ramos de claveles mustios y empezaban a entonar con no muy buena voz:

*Cara al sol...*

Antonio era el más pequeño de los ocho hermanos, hijos de un juez gallego. Y, a pesar de tener solo quince años, había estado una semana en la checa de Vallmajor. Ahora improvisaba con voz llena de gallos:

*... con la chaqueta... nueva...*

Pero el mayor, Paco, falangista sublevado el 19 de julio que desde entonces había estado escondido en el desván de la casa de una antigua criada, y que era el único que conocía el himno, se puso a cantar estentóreamente con su voz grave de fumador empedernido:

*... con la camisa nueva  
que tú bordaste en rojo ayer...*

Mauricio saludó con un gesto a otro de los hermanos, Vicente, con el que había compartido un único curso en la escuela de Arquitectura, interrumpido por la guerra. Ninguno de los dos volvería a las aulas. Pero Vicente se separó de su familia y se acercó a él, se abrazaron pecho contra pecho y se separaron rudamente sin pronunciar palabra.

Vicente era también falangista. Estaba delgadísimo, las orejas le sobresalían a ambos lados del cráneo completamente pelado, pero no estaba pálido como su hermano, sino muy moreno porque había tomado el sol de invierno en el patio de la prisión Modelo, donde estuvo preso, condenado dos veces a muerte. A Mauricio se lo había contado su madre en una carta:

«A tu amigo Vicente, el hijo del juez, lo van a fusilar un día de estos con el hijo del dueño de los almacenes El Águila, el que está en el gremio con tu padre».

Al final no lo habían fusilado, acababa de salir tranquilamente de la prisión, después de que el director hubiera entregado a un comité de presos las llaves antes de huir a la frontera. Otros reclusos, entre los que estaba el chico Bosch Labrús, el de El Águila, sí que habían sido fusilados en el Collell. Una última atrocidad de una guerra atroz.

Lo primero que había hecho Vicente al llegar a su casa de la calle Muntaner había sido afeitarse la cabeza infestada de piojos.

—Garbí, ponent... —Mauricio tenía ganas de gritarlo—, tramuntana, gregal, mistral...

Quería taparse la cara con las manos, como hacía cuando era pequeño. Si no veías, el mundo dejaba de existir.



En el cruce de Diagonal con Paseo de Gracia tuvieron que detenerse para que pasara el cuerpo motorizado que venía desde San Gervasio, los carros de combate del ejército marroquí y el resto de las tropas con los oficiales a caballo, que miraban a la multitud con la jactancia y displicencia típicas de los oficiales de caballería. Petardeaban los camiones, los carros se encallaban y arrancaban de nuevo a saltos como orugas torpes, los caballos se encabritaban, resbalaban sobre el asfalto mojado, relinchaban con miedo y se oía el plof de las bostas al caer al suelo.

Una centuria de Falange, con camisas azules que aún mostraban los pliegues con que habían estado dobladas, las mangas a medio brazo, correa y botas brillantes, desfilaban marcialmente despertando la burla apenas disimulada de los militares de verdad, para quienes estos pipiolos no dejaban de ser unos chiquillos jugando a la guerra.

Jaime y Mauricio se miraron, se dieron unos puñetazos fraternales y se dijeron sin voz:

—Ahora nos podríamos ir a casa..., nadie nos iba a echar en falta.

Y de repente aquella casa nueva con la que tanto había soñado, los brazos de su mujer, ese hijo al que casi no conocía, su madre, el olor de todas las madres, la fábrica, los obreros de talleres, el despacho en la Rambla de Sabadell, las tundidoras, las puestas de largo en el palacete Parellada, la dulzura y amabilidad de la vida de antes de la guerra, su propia vida, en suma, le pareció inasequible, lejana, perdida, imposible.

Había sentido el miedo a la muerte, había aprendido a matar. ¿Cómo podría seguir adelante con esto? Ahora sentía el miedo de la vida, de avanzar.

Se sentó en el bordillo con un ansia muy grande en el pecho, como si le estuviera dando un infarto. Se tendió en el suelo, quería morirse.

Quería morir. Buscó a ciegas el percutor de la pistola que llevaba en el cinto. No sería el primero de la familia en hacerlo. Pensó si a su padre le habría costado mucho. Debajo de la barbilla estaría bien, en esa parte blanda cubierta ahora por la barba, hacia atrás, un tiro transversal.

Nadie se lo explicaría. Como nadie se había explicado lo de su padre.

¿Qué misterio habría detrás?

El trimotor de antes voló aún más bajo haciendo un tirabuzón y todos gritaron con recelo, porque hasta ayer esos mismos aviones soltaban unos artefactos de trescientos kilos que mataban a la gente. Pero se veía al aviador saludando con el brazo extendido y la mano abierta por la ventanilla y los:

—¡Oh!

Se convirtieron en:

—¡Ah!

Todos aplaudían, estallaban las bocinas de las fábricas y las sirenas de los barcos. Pero una mujer cargada con un bulto y un crío aplastado contra el pecho huía arrimándose a las paredes; se sentían tumultos en las calles laterales, carreras, llantos.

—¡Deu meu, Deu meu!

Y de pronto, por primera vez en muchos meses, se encendieron de golpe las exiguas farolas de quince vatios.

A Mauricio le resbaló la pistola de la mano y se hundió no en los brazos pálidos y delgados de su mujer, sino en los muslos duros de Antonia, en el vello oscuro, el principio del mundo, «corazón santo, tú reinarás». Muy cerca, demasiado, sonaban tiros secos como bofetadas.